



Palabras en la arena: para Antonio Buero Vallejo

Emilio de Miguel Martínez

Antonio, descansa, al fin, en la serenidad de tu tragedia serena. Por tu pluma y con tus ojos nos asomamos en *Historia de una escalera* a aquellos lúgubres rellanos en que se rompían los cántaros de leche de todas las ilusiones en la desilusionada posguerra. Por tu pluma y con tus ojos vimos *En la ardiente oscuridad* con los ojos ciegos de Ignacio el sin sentido de la vida frente a la domesticada, disciplinada, optimista, oficialista visión del mundo que imponía su rival Carlos. Por tu pluma y con tus ojos contemplamos tantas veces el enfrentamiento de dos formas de ser y de estar en el mundo, de ser y de estar en la España de la segunda mitad del XX. Por tu pluma y con tus ojos aprendimos a ver el mundo desde la óptica de los lisiados, de los desfavorecidos en el gracioso reparto hecho por ese Dios que a tu manera subiste al escenario en *El tragaluz*, en la figura de aquel padre loco (¿loco?), que con sus peligrosas tijeras recortaba figuras de postales y revistas, y las salvaba o condenaba, como ejercicio previo a su gran acto de justicia o venganza (¿no es lo mismo para aquel Dios tuyo?). Por tu pluma y con tus ojos nos asomamos al balcón de la historia de España para leerla con ojos nuevos y distintos. Contigo, en *La detonación*, entendimos mejor (si es que necesitaban explicación) las razones personales e históricas por las que Larra se apeó de la vida a los 27 años, dejándonos con cara de idiota a los que aquí seguimos.

Contigo, en *El sueño de la razón*, aprendimos a interpretar desde dentro de su sordera -la física y la otra- la visión negra del mundo (¿hay otra?) que explica la pintura negra de Goya. Contigo, en *Las Meninas*, nos acercamos al mundo interior de tu idolatrado Velázquez, y sufrimos la impotencia de aquel gesto suyo de apretarse una mano contra la otra, y entendimos su desdén supremo hacia la estupidizada esposa, y

padecemos con él los embates de todos los bienpensantes de la Corte, y con él despreciamos al Monarca, tan pusilánime en esa figura de Velázquez, que vale la pena arriesgarlo todo alguna vez, si la vida nos quiere hacer cómplices del pisoteo a la dignidad de aquel Pedro que quiso ser pintor, pero, fiel a sus rebeldías, hubo de cambiar pinceles por galeras.

Contigo, Antonio, vivimos el más cruel de los desencantos que nunca asomó a nuestros escenarios, cuando en *La Fundación* fuiste desvelando la destrucción de todos los sueños, trocados en pesadillas en la mente enferma del joven Tomás. Contigo, en *La doble historia del Dr. Valmy*, descendimos a los abismos más sórdidos en que practican, y justifican, violencia y tortura los brazos armados de cualquier régimen dictatorial. Y contigo supimos que la crueldad de los hijos juzgando a sus padres puede alcanzar las más brutales cotas (¿qué oscuro dolor te llevó, Antonio, a escarbar tanto en esa herida siempre abierta?), y que el nivel de explotación que puede alcanzar el rico sobre el necesitado es todo lo bestial que dramatizaste en *El concierto de San Ovidio*.

Pero también aprendimos contigo que hay un envés de la tragedia que da serena esperanza a tanta verdad trágica. Que los jóvenes, si aprenden de los errores ajenos, pueden corregir la historia. Que en el asesino Carlos quedan sembradas las ideas redentoras del asesinado Ignacio, que el hijo que espera Encarna (*El tragaluz*) tal vez entienda todo y, entendiéndolo, mejore el mundo al que va a llegar. Que, incluso, en la corrupta Corte de Felipe IV (*Las Meninas*), y en el propio seno familiar de tan abyecto monarca, hay un retoño fresco y sano en la dieciochoañera María Teresa, que reniega de raíces tan oscuras y se planta ante la injusticia y la hipocresía, y defiende la limpieza del pintor y la nobleza de sus sentimientos hacia Velázquez.

Mientras, pipa en ristre, asistes desde allá arriba al montaje teatral que por acá abajo seguimos representando, convencidos, unos, de que jugamos un juego trucado con *Las cartas boca abajo*, engañados otros, en la euforia falaz de creer que *Hoy es fiesta*, todos, a la espera de la definitiva *Madrugada*. Mientras compartes palco con tus admirados Valle, Lorca y Unamuno, contén la ironía de tus ojos y descansa ya, liberado de tu papel de conciencia viva de España, de esa obligación que te habías impuesto de pasar a páginas teatrales el espectáculo trágicohistriónico que acá abajo seguimos representando.

Nos vemos pronto, haciendo juntos el viaje definitivo en cualquier *Misión al pueblo desierto*, y volvemos a charlar sobre posibilismo y pureza, mientras ladran rabiosos los puristas de la izquierda violenta y nos desdeñan los derechistas de bolsillos llenos mientras juran que las ideologías han muerto, que es su forma de reconocer sus continuos esfuerzos por asesinarlas.

Fuma, Antonio, en la paz gloriosa de la paz definitivamente alcanzada. Goza la serenidad que proclamabas en el envés de las tragedias que escribías, yo entretengo la llegada de *La señal que se espera* y la espera de *La llegada de los dioses*, en el repaso de las páginas de tu teatro, que tienen dentro, como opinaba de *Las Meninas* el fracasado, y por eso lúcido Pedro, «toda la tristeza de España».

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

